

Crejó tener pronunciacion tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

XXV.

(En endecasílabos agudos de arte mayor.)

EL LOBO Y EL PASTOR.

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
Amigo (le dijo), yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tienesme por malo; no lo soy á fe.

Mi piel, en invierno, ¿qué abrigo no da!
Achaques humanos cura más de mil,
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas, ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del tejon,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y á cuántos con mi unto he dado salud.

El Pastor responde: perverso animal!
Maldigate el Cielo, maldigate, amen.
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algun bien?
Al diablo los doy
Tantos libros Lobos como corren hoy.

XXVI.

(En romance octosílabo.)

EL LEON Y EL ÁGUILA.

El Águila y el Leon
Gran conferencia tuvieron,
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.
Dió el Águila muchas quejas
Del murciélago, diciendo:
¿Hasta cuándo ese avechucho

Nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
Dándose por uno de ellos;
Y alega varias razones
Sobre todo la del vuelo.
Mas, si se le antoja, dice:
Hocico, y no pico, tengo.
¿Como ave quereis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.
Con mis vasallos murmura
De los brutos de tu imperio;
Y cuando con estos vive,
Murmura tambien de aquellos.
—Está bien, dijo el Leon:
Yo te juro que en mis reinos
No entre más.—Pues en los míos,
Respondió el Águila, menos.
Desde entonces solitario
Salir de noche le venos;
Pues ni alados, ni patudos,
Quieren ya tai compañero.
Murciélagos literarios,
Que haceis á pluma y á pelo,
Si quereis vivir con todos,
Miraos en este espejo!

XXVII.

(En pareados de ocho sílabas.)

LA MONA.

Aunque se vista de seda
La Mona, Mona se queda.
El refran lo dice así;
Yo tambien lo diré aquí;
Y con eso lo verán
En fábula y en refran.
Un traje de colovines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió;
Aunque mas bien creo yo
Que su amo la vestría,
Porque difícil sería
Que tela y sastre encontrase.
El refran lo dice: pase.

Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino
Para volverse á Tetuan.
Esto no dice el refrán,
Pero lo dice una historia
De que apenas hay memoria,
Por ser el autor muy raro
(Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco).

Él no supo, ni tampoco
He podido saber yo,
Si la Mona se embarcó,
Ó si rodeó tal vez
Por el istmo de Suez:
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá.

Vióse la señora mia
En la amable compañía
De tanta mona desnuda;
Y cada cual la saluda
Como á un alto personaje,
Admirándose del traje,
Y suponiendo sería
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental,
Del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
Y *Nemine discrepante*,
Que á la nueva compañera
La direccion se confiera
De cierta gran correría,
Con que buscar se debía
En aquel país tan vasto
La provision para el gasto
De toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora, marchando
Con las huestes de su mando,
Perdió, no solo el camino,
Sino, lo que es más, el tino;
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,

Desiertos, rios, pantanos:
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada:
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitán
Mas tieso, ni mas galán.
Por poco no queda mona
Á vida con la intentona;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia.
Pero, sin ir á Tetuan,
Tambien acá se hallaran
Monos que, aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran antes.

XXVIII.

(*En silva.*)

EL ASNO Y SU AMO.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oía,
Respondió en los términos siguientes:
Al humilde Jumento
Su Dueño daba paja, y le decía:
Toma, pues que con eso estás contento.
Dijolo tantas veces, que ya un día
Se enfadó el Asno, y replicó: yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que solo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

XXIX.

(En redondillas ó cuartillas.)

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA.

Bien habrá visto el lector,
 En hostería ó convento,
 Un artificioso invento
 Para andar el asador.
 Rueda de madera es
 Con escalones, y un Perro,
 Metido en aquel encierro,
 Le da vueltas con los piés.
 Parece que cierto Can,
 Que la máquina movía,
 Empezó á decir un día:
 Bien trabajo; y ¿qué me dan?
 ¡Cómo sudo! ay, infeliz!
 Y al cabo, por grande exceso,
 Me arrojarán algún hueso
 Que sobre de esa perdiz.
 Con mucha incomodidad
 Aquí la vida se pasa:
 Me iré, no solo de casa,
 Mas también de la ciudad.
 Apenas le dieron suelta,
 Huyendo con disimulo,
 Llegó al campo, en donde un Mulo
 Á una noria daba vuelta.
 Y no le hubo visto bien,
 Cuando dijo: ¿Quién va allá?
 Parece que por acá
 Asamos carne también.
 —No aso carne, que agua saco
 (El Macho le respondió).
 —Eso también lo haré yo
 (Saltó el Can), aunque estoy flaco.
 Como esa rueda es mayor,
 Algo más trabajaré.
 ¿Tanto pesa?... Pues ¿y qué?
 ¿No ando la de mi asador?
 Me habrán de dar, sobre todo,
 Mas ración, tendré mas gloria...

Entonces el de la noria
 Le interrumpió de este modo:
 Que se vuelva le aconsejo
 Á voltear su asador,
 Que esta empresa es superior
 Á las fuerzas de un Gozquejo.
 ¡Miren el Mulo bellaco,
 Y qué bien le replicó!
 Lo mismo he leído yo
 En un tal Horacio Flacco,
 Que á un autor da por gran yerro
 Cargar con lo que después
 No podrá llevar; esto es,
 Que no ande la noria el Perro.

XXX.

(En silva.)

EL ERUDITO Y EL RATON.

En el cuarto de un célebre Erudito
 Se hospedaba un Raton; raton maldito!
 Que no se alimentaba de otra cosa
 Que de roerle verso siempre y prosa.
 Ni de un gatazo el vigilante celo
 Pudo llegarle al pelo,
 Ni extrañas invenciones
 De varias é ingeniosas ratoneras,
 Ó el rejalgar en dulces confecciones,
 Curar lograron su incesante anhelo
 De registrar las doctas papeleras,
 Y acribillar las páginas enteras.
 Quiso luego la trampa
 Que el perseguido autor diese á la estampa
 Sus obras de elocuencia y poesia;
 Y aquel bicho travieso,
 Si antes lo manuscrito le roía,
 Mucho mejor roía ya lo impreso.
 ¡Qué desgracia la mía!
 (El Literato exclamaba): ya estoy harto
 De escribir para gente roedora;
 Y por no verme en esto, desde ahora
 Papel blanco no más habrá en mi cuartito.
 Yo haré que este desorden se corrija...
 Pero sí; la traidora sabandija,

Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.

El Autor, aburrido,
Echa en la tinta dosis competente
De soliman molido:
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso):
Devora, pues, el animal perverso;
Y revienta por fin... ¡Feliz receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera;
Pero usarla conviene mas severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye, ó mucho miedo.

XXXI.

(En romance con quebrados de cuatro sílabas.)

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una Ardilla
Á un generoso Alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

Señor mio,
De este brlo,
Ligereza
Y destreza,
No me espanto,
Que otro tanto

Suelo hacer, y acaso más.

Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo,

No me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:

Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas,
(Quiero, amiga,
Que me diga),

¿Son de alguna utilidad?

Yo me afoño;
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y, en servicio
De mi dueño,

Tengo empeño
De lucir mi habilidad.

Con que algunos escritores
Ardillas también serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

XXXII.

(Soneto.)

EL GALAN Y LA DAMA.

Cierte Galan á quien París aclama
Petimetre del gusto mas extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,
Celebrando los días de su dama,
Unas hebillas estrenó de estaño,
Sólo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.
¡Bella plata! ¡qué brillo tan hermoso!
(Dijo la dama): viva el gusto y númen
Del Petimetre en todo primoroso!
Y ahora digo yo: llene un volúmen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emp'umen.

XXXIII.

(En romance heróico.)

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO, Y LA ZORRA.

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ellas se tocaron.

Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este á la hormiga alaba, aquel al perro;
Quien á la abeja, quien al papagayo.

No (dijo el Avestruz); en mi dictámen
No hay mejor animal que el Dromedario.

El Dromedario dijo: Yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.

Ninguno adivinó por qué motivo
Ambos tenían gusto tan extraño.

¿Será porque los dos abultan mucho?
¿Ó por tener los dos los cuellos largos?

¿Ó porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario?

¿Ó bien porque son feos uno y otro?
¿Ó porque tienen en el pecho un callo?

Ó puede ser también... No es nada de eso
(La Zorra interrumpió); ya di en el caso.

¿Sabeis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.

En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fue juicio, no, tan temerario

El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

XXXIV.

(En versos de ocho sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes.)

EL CUERVO Y EL PAVO.

Pues, como digo, es el caso
(Y vaya de cuento)
Que á volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.

Al término señalado
Cuál llegó primero,
Considérelo quien de ambos
Haya visto el vuelo.

Aguárdate (dijo el Pavo
Al Cuervo de lejos):
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.

Escucha: también reparo
(Le gritó mas recio)
En que eres un pajarraco
De muy mal agüero.

Quita allá, que me das asco,
Grandísimo puerco;
Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.

Todo eso no viene al caso
(Le responde el Cuervo),
Porque aquí sólo tratamos
De ver qué tal vuelo.

Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

XXXV.

(En romance heróico.)

LA ORUGA Y LA ZORRA.

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que, á presencia de animales varios,
La Zorra adivinó por qué se daban
Elogios avestruz y dromedario;
Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo;
Examinante, crecen los aplausos;
Y aún el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincón la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando

La labor admirable, friolera,
 Y á sus elogiadores, mentecatos.
 Preguntábanse, pues, unos á otros:
 ¿Por qué ese miserable gusarapo
 El único ha de ser que vitupere
 Lo que todos acordes alabamos?
 Saltó la Zorra, y dijo: ¡Pese á mi alma!
 El motivo no puede estar mas claro.
 ¿No sabeis, compañeros, que la Oruga
 Tambien labra capullos, aunque malos?
 ¡Laboriosos ingenios perseguidos!
 ¿Quereis un buen consejo? Pues, cuidado
 Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
 No hagais más que contarles este caso.

XXXVI.

(En endechas de seis sílabas, ó versos de redondilla menor.)

LA COMPRA DEL ASNO.

Ayer por mi calle
 Pasaba un Borrico,
 El mas adornado
 Que en mi vida he visto.
 Albarda y cabestro
 Eran nuevecitos,
 Con flecos de seda
 Rojos y amarillos.
 Borlas y penacho
 Llevaba el pollino,
 Lazos, cascabeles,
 Y otros atavíos.
 Y hechos á tijera
 Con arte prolijo
 En pescuezo y anca
 Dibujos muy lindos.
 Parece que el dueño,
 Que es, segun me han dicho,
 Un chalan gitano
 De los mas ladinos,
 Vendió aquella alhaja
 Á un hombre sencillo;
 Y añaden que al pobre
 Le costó un sentido.

Volviendo á su casa,
 Mostró á sus vecinos
 La famosa compra;
 Y uno de ellos dijo:
 Veamos, compadre,
 Si este animalito
 Tiene tan buen cuerpo
 Como buen vestido.
 Empezó á quitarle
 Todos los aliños;
 Y bajo la albarda,
 Al primer registro,
 Le hallaron el lomo
 Asaz mal ferido,
 Con seis mataduras
 Y tres lobanillos,
 Amén de dos grietas,
 Y un tumor antiguo
 Que bajo la cincha
 Estaba escondido.

Burro (dijo el hombre)
 Más que el Burro mismo
 Soy yo, que me pago
 De adornos postizos.
 Á fe que este lance
 No echaré en olvido,
 Pues viene de molde
 Á un amigo mio,
 El cual a buen precio
 Ha comprado un libro,
 Bien encuadernado,
 Que no vale un pito.

XXXVII.

(En silva.)

EL BUEY Y LA CIGARRA.

Añando estaba el Buey; y á poco trecho,
 La Cigarra, cantando, le decía:
 ¡Ay, ay! qué surco tan torcido has hecho!
 Pero él le respondió: Señora mia,
 Si no estuviera lo demás derecho,
 Usted no conociera lo torcido.

Calle, pues, la haragana reparona;
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona
Entre tantos aciertos un descuido.
¡Miren quién hizo á quién cargo tan fútil!
Una Cigarra, al animal mas útil.
Mas ¡si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

XXXVIII.

(En redondillas con los consonantes allernados.)

EL GUACAMATO Y LA MARMOTA.

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo
(Que saboyano sería),
Por dinero, una alimaña
Enseñaba muy feota,
Dando'la por cosa extraña:
Es á saber, la Marmota.
Salía de su cajon
Aquel ridiculo bicho;
Y el ave desde el balcon
Le dijo: ¡Raro capricho!
Siendo tú fea, ¡que así
Dinero por verte dén,
Cuando siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven!
Puede que seas, no obstante,
Algun precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal.
Oyendo esto un mal autor,
Se fué como avergonzado.—
¿Por qué? — Porque un impresor
Le tenia asalariado.

XXXIX.

(En octavas de arte mayor.)

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenerle con una conseja;
Y porque le traiga mas contentamiento,
En su mismo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de hogaño
Via cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño,
Y el no remedallos á mengua tenía:
Por ende, queriendo retratar un dia
Á cierto rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velazquez creyó ser con esto;
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó, desque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcon:
Del quinto Fernando muchas dellas son,
Allende de algunas de Carlos primero,
De entrambos Filipos, segundo y tercero;
Y henchido de todas le adornó un bolsón.

Con estas monedas, ó siquier medallas
(El pintor le dice), si voy al mercado,
Cuando me cumpliera mercar vitualla,
Tornaré á mi casa con muy buen recado!
—¡Pardiez! (dijo el otro) ¡no me habeis pintado
En traje que un tiempo fue muy señorial,

Y agora le viste sólo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.
Llevaos la tabla; y el mi corbatin
Pintadme al proviso en vez de golilla,
Cambiadme esa espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá nadie en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto
Vuestra paga entonces contaros-he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sándio moderno pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fue noble en tiempo del Cid campeador.

XL.

(En seguidillas.)

LOS DOS HUÉSPEDES.

Pasando por un pueblo
De la montaña,
Dos caballeros mozos
Buscan posada.
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.
Porque á ninguno quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van á hospedarse.
De ambas mansiones
Cada Huésped la suya
Á gusto escoge.
La que el uno prefiere
Tiene un gran patio,
Con su gran frontispicio
Como un palacio:
Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene,
Hecho de piedra.

La del otro la vista
No era tan grande;
Mas dentro no faltaba
Donde alojarse;
Como que habia
Piezas de muy buen temple,
Claras y limpias.
Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, además de estrecho,
Obscuro y frio:
Mucha portada,
Y por dentro desvanes
Á teja vana.
El que allí pasó un dia
Ma' hospedado,
Contaba al compañero
El tuerte chasco;
Pero él le dijo:
Otros chascos como ese
Dan muchos libros.

XLI.

(En silva.)

EL TÉ Y LA SALVIA.

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿Adonde vas, compadre?
—Á Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
Yo (respondió la Salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina (*).
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
Anda con Dios. No perderás el viaje;
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.

(*) Los chinos estiman tanto la salvia, que por una caja de esta hierba suelen dar dos, y á veces tres, de té verde. Véase el *Dicc. de Hist. nat. de M. Valmont de Bomare*, en el artículo *Sauge*.

La salvia me perdona,
Que al comercio su máxima se opona.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defendería lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio;
Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

XLII.

(En endecasilabos pareados esdrújulos.)

EL GATO, EL LAGARTO, Y EL GRILLO.

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construcción orgánica
Como hábiles que son en la Botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
Un Gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.
Yendo a caza de plantas salutíferas,
Dijo a un Lagarto: «¿Qué ansias tan mortíferas!
Quiero, por mis turgencias semihidrópicas,
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.»

Atónito el Lagarto, con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo,
De hojas de girasol llenó el ventrículo;
Y le dijo: «Ya en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.»
Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!!

Si; que hay quien tiene la hinchazón por mérito,
Y el hablar liso y llano, por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas y metáforas diabólicas,
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo-enigmático.

XLIII.

(En romance octosilabo.)

LA MÚSICA DE LOS ANIMALES.

Atención, noble auditorio,
Que la bandurria he templado,
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.

En la corte del león,
Día de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que una academia
De música era del caso.

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados,
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del ruiseñor,
Ni del mirlo se acordaron,
Ni se trató de calandria,
De jilguero, ni canario.
Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron a tomar
La diversión a su cargo.

Antes de llegar la hora
Del cántico proyectado,
Cada músico decía:
«Ustedes verán qué rato!»
Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado,

Compuesta de los siguientes
Diestrisimos operarios:
Los típles eran dos grillos;
Rana y cigarra, contraltos;
Dos tábanos los tenores;
El cerdo y el burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado,
La música sonaria,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los más
Las orejas se taparon,
Y por respeto al leon,
Disimularon el chasco.

La rana por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habian de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Salióse del corro, y dijo:

Cómo desentona el asno!
Este replicó: Los típles
Sí que están desentonados.
Quien lo echa todo á perder
(Añadió un grillo chillando)
Es el cerdo. Poco á poco
(Respondió luego el marrano);
Nadie desafina más
Que la cigarra, contralto.
Tenga modo, y hable bien
(Saltó la cigarra); es falso;
Esos tábanos tenores
Son los autores del daño.
Cortó el leon la disputa,
Diciendo: «Grandes bellacos!
¿Antes de empezar la solfa,
No la estabais celebrando?
Cada uno para sí
Pretendia los aplausos,
Como que se debería
Todo el acierto á su canto.
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y á los otros hace cargos.
Jamás volvais á poneros
En mi presencia: marchaos!

Que si otra vez me cantals,
Tengo de hacer un estrago.
¿Así permitiera el Cielo
Que sucediera otro tanto
Cuando, trabajando á escote
Tres escritores ó cuatro,
Cada cual quiere la gloria,
Si es bueno el libro, ó mediano
Y los compañeros tienen
La culpa, si sale mal!

XLIV.

(En endecasilabos pareados.)

LA ESPADA Y EL ASADOR.

Sirvió en muchos combates una espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La mas famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, á parar (¿quién lo diría?)
Á un obscuro rincón de una hostería,
Donde, cual mueble inútil arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada,
Por mandado de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina,
Atravesó con ella una gallina,
Y héteme un asador hecho y derecho
La que una espada fue de honra y provecho.
Mientras esto pasaba en la posada,
En la córte comprar quiso una espada
Cierta recién llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.
Un asador que en su cocina había